

En la noche del 22 supieron ya, aunque vagamente, lo que había pasado; pero á la mañana siguiente vieron ya entrar á la pequeña fuerza republicana cargada con los despojos del enemigo. Rosales, para evitar toda mortificación á los prisioneros, les hizo entrar á la ciudad á hora distinta, bien custodiados por una fuerte escolta. Estos prisioneros fueron ochenta y cinco franceses, entre ellos siete oficiales y su comandante y ciento veinte traidores: un poco más de la mitad de lo que sumaba la fuerza vencedora.

Los despojos fueron dos piezas rayadas y todo el material de guerra, ocho caballos árabes y algunos equipajes y provisiones.

El gobierno de Juárez mandó el despacho de generales á los coroneles Rosales y Sanchez Román, el empleo de teniente coronel á Jorje Granados y el de comandante de batallón al capitán Lúcas Mora, que se condujo admirablemente.

Este fué uno de los episodios más notables de la guerra intervencionista.



CAPITULO XXIII.

LA VELADA DEL CORONEL.

LA casa del coronel Cisneros en la calle de Tabaca había sido casi transformada desde que entraba en ella un chambelán del Emperador, y desde que la familia había concurrido á una de las famosas recepciones de la Emperatriz. Genaro Lacroix había conseguido que Almonte se empeñara con el marqués de Corio para que se mandara una invitación á aquel coronel retirado, á quien se tuvo cuidado de pintar como hombre rico y de influencia, y al regresar de la imperial tertulia, Doña Asunción, había dicho á su marido:

—Oye, Tirso, es necesario que mejoremos algo la casa, no sea que. . . .

—No sea que ¿qué?

—Que se les antoje un día ú otro venir á la Emperatriz. . . . ó al Emperador.

—¡Bah!

—No me hagas bah! con ese gesto: la augusta señora estrechó la mano á Aurora muy afectuosamen-

te, y S. M. el Emperador, se estuvo informando con varias personas del nombre y condiciones de la muchacha. Yo lo observé en cierta vez que no le apartaba la vista.

—El Emperador tiene fama de ser muy mujerero y á todas las ve lo mismo! Figúrate que el pintor Mendoza le está haciendo un Album con las fotografías que. . . .

—¡Un Album!

—Cada hoja iluminada le cuesta una onza de oro, y ha de constar el libro de cincuenta láminas, según me lo ha platicado el mismo pintor.

—¡Pues qué bueno era que pusieran en el Album á Aurora!

El coronel á pesar de sus años se puso encarnado y varió de conversación.

El resultado fué que se compraron muebles nuevos, algunas cortinas y que se renovó la vajilla del comedor.

—Si llegan á venir, había dicho Doña Asunción, será indispensable ofrecerles aunque sea un chocolate.

—Y refrescos, mujer, y refrescos y todo cuanto gusten ¡pues no faltaba más! ese día echaremos la casa por la ventana.

—¡Y qué envidia nos tendrían la boticaria y la licenciada y la generala aquella!

—Todos, todos. . . .

—Y todavía más si tú aceptas la colocación.

—Tanto como eso no, hija mía, porque no deseo comprometerme en nada mientras el imperio no defina su color religioso. Yo he sido soldado de la cruz

más que de la política, y tengo que ir por el camino que adopte el clero católico.

—Lo mismo que tú son Márquez, Taboada, Zuloaga, Cobos, Oronoz, Miramón y Almonte, es decir, sostenedores de nuestra santa religión, y están con el imperio.

—No discutamos esas cosas que son de conciencia: si vuelven á hacerme alguna insinuación algo más consistente que los pocos ofrecimientos que me han hecho, correré á consultarlo con Su Ilma., para que los míos no me tachen de inconsecuente.

—Bien pensado, y que ahora se me ocurre que haciéndote un poco del rogar, puede ser que te hagan una cosa más gorda.

—¿Qué pueden hacerme? Muncipe ó miembro de las cortes marciales.

—¡Quien sabe! Puede que se le ocurra á S. M. darte un título.

Aquí llegaban de la conversación el coronel retirado Sr. Cisneros y su señora, aquella noche, cuando sonó la campanilla del corredor.

—Ya vienen nuestros contertulianos, dijo él á su consorte, y poniéndose un dedo sobre los labios, agregó: nada de darles explicaciones sobre todos nuestros estrenos, que crean se va á casar Aurora ó lo que se les antoje; pero nada de contarles que esperamos una visita de alto rango.

—No soy tan inocente: ya oirás lo que les digo si tienen la imprudencia de preguntarme algo.

Aquella noche, una vez que ya no eran frecuentes como antes las reuniones en la casa del coronel, el pretexto para convocar á los amigos había sido

la celebración, *en familia*, del vigésimo nono aniversario del matrimonio de Cisneros y Doña Asunción. Un recado verbal había sido llevado á cada casa por el portero, en que se decía á las relaciones íntimas que se les esperaba á tomar un té familiar en celebración de que Cisneros y su esposa cumplían años de casados: no decían cuántos.

Las Sras. de Torres y de Camacho, mujeres del boticario y el licenciado, respectivamente, entraron juntas acompañadas de sus maridos y fueron las primeras. Se dieron de codo al notar las reformas que se habían hecho en la casa, pero nada preguntaron, contentándose con dirigirse después de cuando en cuando, algunas miradas maliciosas. Detrás de ellas llegaron el Dr. Gutiérrez y el periodista Pérez, y á poco se presentó en la sala Aurora, acompañada de sus primas Beatriz y Julia, que andaban antes ocupadas en el comedor poniendo la mesa.

Sebastián Pérez fué el que dijo, esparciendo una mirada de admiración sobre los muebles:

—Se ve bien que el Sr. Coronel Cisneros es galante con su esposa: le ha reformado la casa en su aniversario de bodas.

—Ah! sí, qué bonito está todo, exclamó la Sra. de Camacho, como si por la primera vez se fijara en las novedades.

—Tirso se empeñó, en efecto, en comprar este ajuar, porque al otro le había entrado la polilla, dijo Doña Asunción con desenfado.

—Ahora está puesta la casa con mucho gusto, dijo la boticaria, antes también lo estaba; pero siempre lo nuevo luce más y se ve como mejor.

—No crea vd., mi vida, un ojo de la cara le han costado á Tirso todas estas cosas.

—Ya lo creo: caoba y brocatel en los muebles; raso y borlas de oro en las cortinas, mármoles blancos en las consolas. todo eso cuesta.

Como el doctor lanzara un bostezo ante aquella conversación, el Coronel quiso variarla, preguntando:

—¿Y qué tienen ustedes de nuevo en la política?

—El periodista es el que mejor puede informarnos, contestó el doctor.

—Puesto que visita la casa un chambelán de S. M., contestó Pérez, él ha de traer las noticias mejores, por lo menos las de buen origen.

—Genaro casi no se fija en las cosas que pasan en Palacio, y nosotros poco le preguntamos para no ponerlo en apuros.

—¿Y en qué periódicos escribe vd. ahora? preguntó el Dr. Gutiérrez á Pérez, con fizga.

—Escribo artículos literarios en el *Pájaro Verde*.

—Ah! ¿no plumea usted en la sección de *guerrillas y expediciones*?

—Ya saben ustedes que mis opiniones son republicanas, y esto lo sabe Villanueva, el dueño del periódico, de modo que no me ocupo mas que en aquello que no puede lastimarme.

—¿Y bien?

—Y bien: allí en la redacción se habla mucho y se sabe poco.

—Pero en fin, alguna idea deben tener formada los redactores respecto de la situación.

—En efecto: creen allí que Maximiliano y Carlota son herejes, y que no prosperarán con ellos ni el clero

ni el partido conservador. Ya sabrán ustedes que fueron desterrados Miramón y Márquez.

—Es un error, Sr. Pérez, decir que los generales salieron de México desterrados: han ido al extranjero á desempeñar comisiones importantísimas.

—Sí: Miramón va á estudiar el arte de la guerra en Berlín, y Márquez á fundar un convento de frailes en Jerusalem; esas son las importantísimas comisiones que llevan.

Todos se rieron; pero el coronel insistió algo mosqueado:

—En la apariencia van á eso; pero los hombres profundos no creen que se gaste tanto dinero solo para que el general Miramón vaya á estudiar y el general Marquez á elevar sus oraciones en los lugares santos. ¿No se adivina que detrás de todas esas inocentadas hay algo muy trascendental? ¿Acaso no saben ustedes que se embarcaron también en Veracruz el obispo Ramirez, Velazquez de León y Don Joaquín Degollado?

—Sí, dijo el Licenciado Camacho, esos señores van en comisión á Roma para arreglar con el Papa lo que no se puede arreglar aquí con el nuncio, aunque todo el mundo cree que saldrán desairados.

—También dicen que se va el Sr. Eloin para Europa.

—Bueno, ese sí lleva alguna misión secreta, porque es íntimo de Maximiliano, dijo Perez; pero ¿qué me dicen ustedes del general Don Antonio Taboada que salió ya para Veracruz?

—Respecto de ese general estoy conforme, contes-

tó el coronel. Lo destierra Bazaine á Francia como conspirador.

—Lo cual indica que las cosas andan algo tirantes en Palacio.

—No, á mí no se me oculta que la situación es difícil para el imperio, continuó diciendo el coronel, y prueba de ello es que yo no he querido complicarme, principalmente por lo que ve á la cuestión religiosa; sin embargo, debemos convenir en que los republicanos están cayendo.

—La guerra sigue muy caliente, se apresuró á observar el periodista: no hay mas que ver la sección de noticias del *Pájaro Verde*: casi todos los días hay combates.

—En que pierden los juaristas.

—También suelen dar algunos golpes como el de Rosales en San Pedro.

—Casi ha sido el único en dos años.

—No, no; dijo el doctor, no nos apasionemos. Los liberales se están moviendo mucho y cuando resisten á la superioridad de las armas francesas, sin rendirse, es porque alguna esperanza les alienta.

—Esperanza que concluirá cuando Juarez ya no pueda permanecer en el territorio.

—El hecho es que permanece en él todavía.

—Pero lo harán pasar la frontera muy pronto, si el general Brincourt cumple con las órdenes que tiene.

—Siempre que pueda.

—Podrá, porque lleva consigo lo más florido de las tropas francesas y reunirá sobre Chihuahua diez mil hombres.

—¡Psé!

—Yo no me apasiono, dijo por fin el coronel conociendo que había ido demasiado lejos en la defensa del imperio, digo lo que me parece según los pocos conocimientos militares que poseo. Estamos viendo que varios de los principales generales y políticos de los republicanos abandonan sus banderas y se pasan á la intervención, estamos viendo que los franceses se han adueñado de unas tres cuartas partes del territorio; estamos viendo que las pocas tropas que quedan á Juarez andan de aquí para allá desalentadas y perseguidas; de manera que se necesita tener muy pocos alcances para no convenir en que la duración de lo que queda de República es cuestión de meses.

—Yo diré á usted, mi coronel, exclamó el periodista, que los mismos del *Pájaro Verde* no las tienen todas consigo.

—¿Temen, pues, que el imperio no se consolide?

—Lo ven como irrealizable casi, por estas cuantas razones que les he oído expresar: 1^a Porque tienen que rechazarlo los Estados Unidos una vez terminada su guerra separatista; 2^a porque le faltará su principal base una vez que Napoleón retire sus tropas y su dinero; 3^a porque se está quitando él mismo el apoyo de la iglesia y el partido conservador con la tolerancia de cultos que ha decretado y demás leyes de Reforma; 4^a y última, porque se afirma que Maximiliano no tiene ni cabeza, ni energía, ni carácter, ni buenas dotes de gobernante.

Todos se quedaron frios ante semejantes declaraciones, cuya fuerza no pudieron menos de reconocer

cada uno en su interior, y solo el coronel dijo después de un momento de reflexión:

—No es mi ánimo discutir; pero diré que á todo eso contestan los partidarios del imperio: que el gobierno americano nada podrá hacer contra todas las potencias europeas interesadas en sostener á Maximiliano I: que Napoleón no retirará sus tropas ni sus recursos mientras no esté el imperio consolidado: que el clero y los conservadores están demasiado comprometidos para querer quedarse en el aire y que las debilidades de S. M. están contrapesadas con la firmeza de la Emperatriz y con la habilidad de todos sus consejeros y magistrados.

Aquí llegaban de su escabrosa conversación cuando entró precipitadamente Genaro Lacroix limpiándose el sudor de la frente con su pañuelo.

—Perdónenme ustedes si acaso me he hecho esperar, exclamó saludando á este y estrechando la mano al de más allá, pero hoy hubo mucho movimiento en Palacio y tuvo que prolongarse el servicio. Hasta hace cinco minutos me dió S. M. el permiso de retirarme.

—¿Hay novedades? preguntó Cisneros con timidez.

—Creo que sí y las que hay no son de reservarse porque mañana las sabrá todo el mundo. Parece que Richmond, último baluarte de los separatistas del Sur, cayó en poder del general Grant.....

—¡Adios mi dinero! murmuró Camacho.

—Con este motivo y con el de haberse nombrado nuevo ministerio, ha habido muchos entrantes y salientes en Palacio.

—¡Ah! ¿tenemos nuevos ministros? ¿y quiénes son?

—Si mi memoria no me es infiel, el ministerio ha quedado constituido así:

Ministro de la casa imperial, *Almonte*.

Relaciones Exteriores, *D. José Fernando Ramírez*.

Gobernación, *José M. Cortés Esparza*.

Instrucción pública y cultos, *Manuel Siliceo*.

Justicia, *Escudero y Echanove*.

Guerra, *Juan de D. Peza*.

Hacienda, *Félix Campillo*.

—La misma gata, solo que se revolcó, dijo Doña Asunción.

—Y entiendo que han de ser interinos, agregó candorosamente el chambelán, porque según dicen se espera un ministro de Hacienda que ha de enviar Napoleón, lo mismo que la confirmación de esos nombramientos.

—Lo muy grave es la toma de Richmond.

—También se decía en Palacio que Régules había pegado una zurra á los belgas de Tydgadt en Tacámbaro y que Negrete había entrado al Saltillo; pero tales noticias no se han confirmado oficialmente.

—Vamos al comedor que se hace tarde, dijo el coronel Cisneros queriendo desvanecer así la profunda impresión que habían producido en sus convidados las nuevas referidas por el chambelán. Este dió el brazo á Aurora y no volvió á ocuparse más de asuntos políticos.

El doctor Gutierrez y el licenciado Camacho que solían tener mayor conformidad en sus opiniones, iban haciendo en voz baja comentarios desfavorables á la situación y el periodista Perez llevando del brazo á Beatriz le deslizaba en el oído algunas frases de

licadas que ella pagaba con sonrisas y muecas de complacencia.

Se acomodaron los invitados en la mesa que estaba puesta en el comedor, no sin que les llamara justamente la atención que había sufrido también sus transformaciones en el servicio.

—Esto marcha, dijo la boticaria al oído de su marido, ¡ciertos son los toros!

—No hay duda, contestó él, ó esperan ó ya tienen el favor de la corte.

Cuando estaban tomando el té acompañado de algunas golosinas, Perez dijo á Beatriz:

—Me carga la tenacidad con que asedia á Aurora el chambelán: yo se lo escribiré á Ernesto.

—No hay cuidado, le dijo riéndose Beatriz, Aurora trae en el seno una carta suya en que le dice: "Sé que las mexicanas están vueltas locas con los extranjeros que las rodean; pero yo tengo tal confianza en tí, tengo tan grande fé en tu fidelidad, que espero que ni aún muerto me olvidarás."

—¿Y ella qué dijo?

—Besó llena de lágrimas su carta y exclamó: "bien me conoce mi Ernesto: yo también juro serle leal y constante hasta la muerte."

La velada de los coroneles terminó á las once de la noche sin más novedad.

